

BREVES OBSERVACIONES

Á LOS ESCRITOS DE DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO,
RELATIVOS Á AUTORES MEXICANOS.

El espíritu de partido que tanto domina en México, ha ocasionado que algunos literatos del círculo retrógrado de nuestro país hayan tomado la costumbre de citar, en todo y por todo, á D. Marcelino Menéndez Pelayo como autoridad infalible. Por el contrario, en Francia, algunas obras del mismo autor han sido juzgadas muy desfavorablemente, según puede verse en la *Revista filosófica de Francia y el extranjero*, Mayo de 1890. Según esa Revista, la *Ciencia Española* de Menéndez Pelayo es *vulgar y confusa*; sus *Heterodoxos* son monografías, de las cuales *ninguna es definitiva*, y la *Historia de las ideas estéticas en España* es un caos. Todos esos libros, según la mencionada Revista, son «obras monstruosas con muchas reminiscencias y ninguna originalidad.» La verdad es que D. Marcelino, de la misma manera que los demás escritores, acierta unas veces y se equivoca otras, cuando estudia los asuntos, y sólo por casualidad podrá acertar cuando los conoce superficialmente, según sucede tratándose de literatura mexicana. En prueba de nuestro aserto escribimos estas observaciones, remitiéndonos como ampliación de ellas, y para evitar repeticiones, á lo que acerca de cada autor mexicano decimos en el curso de la presente obra.¹ Comenzaremos por examinar el libro de Menéndez Pelayo intitulado *Horacio en España* (1885), citando las páginas á que nos referimos.

Página 247 (tomo II). «Omitiendo á Alarcón, á Sor Juana,

¹ Alude á la *Historia crítica de la poesía en México*.

«á Ruiz de León y á otros poetas de los siglos XVII y XVIII, los cuales más bien pertenecen á la historia general de nuestra literatura que á la particular de México, podemos buscar los orígenes de la moderna poesía de Nueva España, en la llamada *Arcadia Mexicana*, de la cual fué *Mayoral* Fr. Manuel Navarrete.»

Propiamente hablando, las épocas de la poesía mexicana son tres: la antigua ó colonial, la moderna ó independiente y la de transición, cuando algún poeta escribió durante la dominación española y después. Navarrete pertenece á la época antigua ó colonial, pues murió en 1809: la independencia de México se proclamó en 1810, y se consumó en 1821.

El conocido escritor Gutiérrez elogió tanto las poesías de Fr. Manuel Navarrete, que llegó á compararle con Fr. Luis de León. Menéndez Pelayo (página 248, tomo II), tacha á Gutiérrez de *americanismo excesivo é intolerante*. En apoyo del juicio substancial de Gutiérrez, pudiéramos citar varios escritores que no son *americanos* sino *europeos*; pero bastará con Zorrilla (*Flor de los recuerdos*). Zorrilla, en el asunto que nos ocupa, es autoridad de más peso que Menéndez Pelayo por dos razones: En primer lugar Zorrilla es un poeta insigne, uno de los genios de la poesía moderna, por aclamación general, y el mejor versificador español, á juicio de Revilla, en el opúsculo que escribió acerca de *Don Juan Tenorio*: Revilla fué un crítico *excelente*, no sólo según nuestra opinión, sino la muy respetable de Cánovas del Castillo, en la *Biografía* del mencionado Revilla. En segundo lugar, Zorrilla vivió mucho tiempo en México, donde estudió detenidamente nuestra literatura, apenas conocida por el bibliógrafo á quien refutamos. Esto último no requiere comentario alguno, y acerca de lo primero repetiremos con el juicioso preceptista Campillo Corea: «Diré cuatro palabras sobre una opinión absurda que con frecuencia se repite como axioma. Asegúrase que los poetas son malos críticos. Siempre se ha visto que para tasar alhajas se consulte á un platero; para valuar el mérito de un cuadro á un pintor, etc.; ¿por qué no ha de suceder otro tanto con los poetas tratándose de poesías? ¿Hay alguna causa singularísima para semejante excepción? No la hay, no puede haberla.» Campillo Corea, en prueba de su opinión, recuerda á Quintana, Lista, Gallego y otros.

Supuesto lo dicho, agregaremos, respecto á Navarrete, que Zorrilla llegó á hacer del poeta mexicano el mayor elogio que podía hacerse, á saber: «Los defectos de sus obras son los de su tiempo, y sus *bellezas y excelencias* le son propias y personales.»

Al seguir Menéndez Pelayo tratando de las poesías de Navarrete, asienta estas dos proposiciones: «Insipidez bucólica inherente á la *mayor parte* de sus argumentos, y prosaísmo que *por todas ellas* tiende su manto de hielo.»

Dando por supuesto que todas las poesías bucólicas, sin excepción sean *insípidas*, lo cual no es exacto, y contrayéndonos á las de ese género, escritas por Navarrete, observaremos que fueron *muy pocas*, y, por lo mismo, no es cierto que la *mayor parte* de los argumentos usados por el fraile mexicano tengan gusto bucólico. Por otra parte, el editor de las poesías de Navarrete advirtió que las églogas de éste fueron un *ensayo de su juventud*. Respecto á *prosaísmo*, no es exacto que *todas* las poesías censuradas por D. Marcelino tengan ese defecto: le tienen varias del género ligero, pero no todas, y rara vez las serias, en las cuales sobresalió Navarrete, llegando á escribir algunas buenas y aun excelentes. Véase el estudio detenido que hacemos de las poesías que nos ocupan en el Capítulo IX.

Pág. 248 (tomo II). «Castillo y Lanzas, en el género heroico quintanenco, al cual pertenece su oda *A la Victoria de Tamaulipas* viene á ser un imitador de Olmedo, con muy inferior estro. Sus odas en liras valen todavía menos.»

El mejor crítico que existe actualmente en España según la opinión común, es Cañete, quien dijo de Castillo y Lanzas lo que vamos á copiar, en sus asertadas observaciones al estudio de Willemain sobre poesía lírica española y mexicana: «El cantor de la *Victoria de Tamaulipas*, Joaquín del Castillo y Lanzas, tan correcto y bien entonado como el cisne de Guayaquil, ya que no compita con Andrés Bello, merecía no ser pospuesto á un extraño, al cubano Heredia.»

Por nuestra parte, guardamos un término medio acerca de Castillo y Lanzas, juzgado como poeta, entre las opiniones de Menéndez Pelayo y Cañete. Véase el artículo correspondiente á Castillo y Lanzas en el Capítulo XX.

Pág. 249 (tomo II). «Por el mismo tiempo que Castillo y Lanzas floreció Francisco Sánchez de Tagle, traductor de

«Juan Bautista Rousseau y poeta desmayado mucho más que su modelo.»

Lo que Menéndez Pelayo asienta respecto á Tagle son errores crasos, y comprueba perfectamente no haber estudiado las obras de los poetas mexicanos, sino que las hojeó con precipitación. Comenzaremos por declarar que Juan Bautista Rousseau (á quien no interesa juzgar aquí) no fué *el modelo* de Tagle. Este tradujo algunas composiciones aisladas del poeta francés, y de ello no se infiere que le tomase por modelo. Empero, lo curioso del asunto es que no siendo la obra de Menéndez Pelayo, á la cual se dirige el presente escrito, referente á traductores de Rousseau sino de Horacio, el bibliógrafo español haga hincapié en una poesía de Rousseau, que no viene al caso, y deje de citar lo que debía, esto es, las traducciones que de Horacio hizo Tagle, según se ve á la página 142 de sus poesías, texto y nota. México, 1852.

Respecto á los *desmayos* de Tagle, diremos que estaba reservado distinguirlos al microscopio crítico de Menéndez Pelayo. Esos *desmayos* no pudieron observarlos ninguno de los biógrafos y críticos del poeta mexicano, nacionales, sudamericanos, ni europeos, como los siguientes: Beristáin, *Biblioteca*; Ortiz, *México como nación independiente*; Cortina, en uno de sus artículos críticos; Diccionario de historia y biografía, publicado en México por Andrade; Arróniz, *Manual de biografía mexicana*; Cuellar, *La Literatura nacional*, artículo varias veces impreso; Sosa, *Biografías de Mexicanos Distinguidos*; Roa Bárcena, *Acopio de Sonetos*; Torres Caicedo, *Estudio sobre poetas americanos*; Cañete, *op. cit.*; Zorrilla, *Flor de los recuerdos*. Para no extendernos más de lo necesario, sólo transcribiremos aquí lo dicho por dos de esos escritores, uno extranjero y otro mexicano, Zorrilla y Roa Bárcena. Escogemos al primero por las razones que dimos al hablar de Navarrete, y al segundo por ser el último que ha escrito algo sobre el poeta que nos ocupa, y tener de él muy buen concepto Menéndez Pelayo; éste califica á Roa Bárcena de «docto académico y poeta de los que hoy honran más la República mexicana,» (Página, 203, tomo I).

Zorrilla califica á Tagle de «genio más inspirado, gusto más exquisito é instrucción más vasta que Navarrete, lo que le coloca *en primera línea* entre los poetas mexicanos...

Tagle bebió su saber en ricos y vírgenes manantiales, depurando su gusto con la lectura de Milton y de Pope, del Tasso y del Petrarca, de Metastasio y de Alfieri. . . . Tagle derramó en sus versos la esencia de su saber y la ternura de su corazón amante. . . . Tagle, clásico puro, es *elevado* en sus ideas, *poético* en su lenguaje, grandemente atinado en la elección de palabras, tierno y amoroso en sus composiciones amorosas, donde jamás permite á su pluma salir del más estricto decoro, y la pasión que las inspira tiene *un no sé qué* de castidad cristiana. En el giro de sus frases y en la estructura de sus versos se ve el estudio que hizo de Rioja y de Fr. Luis de León; y en la flexible cadencia de sus endecasílabos se revela lo acostumbrado que estaba su oído á la armonía de los italianos. » Roa Bárcena considera á Tagle como «poeta de *alto coturno*, y en cuyas composiciones se hallan ideas triviales y locuciones vulgares; pero al lado de *altísimos pensamientos y expresiones de aquellas que caracterizan á los escritores de primer orden*. Roa califica de *muy levantados* los versos del primer terceto de un soneto de Tagle «A Jesús Crucificado,» añadiendo que esos rasgos *son frecuentes* en el ilustre autor del epitafio que todos sabemos de memoria:

«Bajo esta losa paternal cariño
guarda de un hijo los despojos que ama.
Natura y religión cada una exclama:
¡Miseros padres! ¡Venturoso niño.»

Nosotros, para hacer de las poesías de Tagle el estudio que merecen, les dedicamos un extenso capítulo, el XIII de la presente obra, al cual nos remitimos.

Después de haber vapulado Menéndez Pelayo al ilustre Sánchez de Tagle, hace lo mismo (pág. 249) con otro de nuestros buenos poetas, Fernando Calderón, suponiéndole defectos que no tiene. Según D. Marcelino, «el romanticismo mexicano sólo pudo traducirse en desenfreno gramatical é insurrección contra las leyes de la prosodia y de la «lógica, ó en imitaciones serviles de Zorrilla y de Espronceda. Tal es el carácter de los versos y dramas de Fernando Calderón.» Precisamente lo que recomienda á ese poeta mexicano es haber sido romántico de la buena escuela. Por lo común, fué correcto en la forma, buen prosodista en ver-

sificación, y siempre juicioso en las ideas, lo cual demostramos nosotros, no por medio de una plumada, sino de un examen concienzudo de las composiciones de Calderón, según se ve en el Capítulo XVIII. Véase también lo que acerca de *incorrección* y de *imitaciones* observamos en el epílogo, capítulo XXII, en lo general hablando; pero respecto á Fernando Calderón, en particular, hay que hacer estas observaciones: á Espronceda sólo una vez le imitó, y nada más en la forma de una canción; á Zorrilla nunca le tomó por modelo, y de ello es testigo mismo Zorrilla, quien, al hablar del poeta que nos ocupa (*op. cit.*), cita los autores que éste imitó, en concepto de aquél, sin citarse á sí mismo, según hace con entera franqueza, hablando de otros escritores mexicanos.

Tan por encima conoce Menéndez Pelayo la literatura mexicana, que al desdeñar, con ligereza, á nuestros poetas románticos (pág. 250), ni siquiera indica saber que el introductor del romanticismo en México fué el excelente poeta Rodríguez Galván, á quien dedicamos el capítulo XIV.

A la página 251, Menéndez Pelayo presenta otra prueba de lo poco que ha estudiado nuestra literatura, pues hablando sobre la introducción en México de la prosodia de Sicilia, calla los nombres de dos notables poetas mexicanos, Ochoa y Ortega, á quienes era oportuno mencionar. Ochoa marca, en México, un paso de adelantamiento en locución y versificación, aventajándole Ortega, quien comprendió y puso en verso la Prosodia de Sicilia. Véanse, en la presente obra, los capítulos XI y XII relativos á Ochoa y Ortega.

En la página 255, el escritor á quien refutamos cita algunas poesías de Pesado entre ellas la intitulada *Inmortalidad*, sin hacer la observación de que esa poesía no es original de Pesado, según se supone, sino una traducción trunca de Lamartine, lo cual puede conocer cualquiera persona que compare la composición del autor mexicano con la del francés que lleva igual título.

Páginas 256 y 257 del mismo tomo II. Respecto de Carpio, D. Marcelino atina con algunos de sus defectos; pero los exagera, y supone otro muy discutible, ó que en realidad no tiene el poeta mexicano. Según Menéndez Pelayo. «Carpio usa *frecuentes* prosaísmos de dicción, y descripciones continuas, lujo de ellas, que acaban por producir sin-